

Ignacio Zubizarreta. **Los Unitarios: Faccionalismo, prácticas, construcción identitaria y vínculos de una agrupación política decimonónica, 1820-1852.** Stuttgart: Verlag Hans- Dieter Heinz-Akademischer Verlag Stuttgart, 2012, 324 páginas. ISBN 978-3-88099-699-1.

El libro de Ignacio Zubizarreta, versión abreviada de su tesis doctoral, se inscribe dentro del grupo de investigaciones históricas de las últimas décadas cuya

¹ En este marco intenta iluminar áreas poco investigadas de la historia de los unitarios entre 1820 y 1852.

En la introducción el autor establece cuáles fueron los principales ejes que guiaron su investigación, definiendo al faccionalismo político en la primera mitad del siglo XIX, y específicamente las características del unitarismo, como centro de su trabajo. De acuerdo con Zubizarreta, el unitarismo era “un conjunto de facciones pequeñas, de grupos y subgrupos que se acomodan, transigen y se modifican incorporando a otros actores periféricos o auxiliares cuando el caso lo demanda” (p. 30). La intención de su análisis es sortear los modelos antitéticos y simplistas que caracterizaron a unitarios y federales y por medio del estudio específico del unitarismo observar la cultura política de la época, en un sentido habermasiano.

En su estudio de la facción unitaria, el autor intentará identificar el origen, evolución identitaria, tensiones y divisiones internas y las estrategias desarrolladas por este grupo para enfrentar al rosismo a partir de la década de 1830. Para su análisis, la principal herramienta metodológica que el autor señala haber empleado fue la prosopografía, y para ello conformó un corpus de quinientos unitarios –no todos

inspiración, tal como lo señala Hilda Sabato en el prólogo del trabajo, se origina en la clásica obra de Halperin Donghi *Revolución y*

Guerra. presentados en este texto- a partir de la información presente en diversos reservorios documentales tales como el Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional y Museo Mitre, así como también numerosas fuentes editadas -entre las que destacan memorias y diarios de viaje- y bibliografía específica. El historiador indica que los unitarios que integran dicho corpus fueron seleccionados de acuerdo a cuatro criterios: factores ideológicos, conciencia de pertenencia al grupo, participación en “momentos clave” e integración de redes sociales.

El cuerpo del trabajo está dividido en dos partes. En la primera, Zubizarreta realiza un relato de los hechos relacionados al desenvolvimiento del unitarismo desde 1820. En la segunda, se propone analizar las prácticas políticas, la construcción de identidad y las disparidades de facción, por medio de la prosopografía.

En la primera parte del trabajo se realiza un mapeo de la situación política de los unitarios en el poder desde 1820 hasta 1831. Apegado a su objetivo de enriquecer la mirada sobre la facción unitaria, el autor observa en distintos momentos la formación y composición de coaliciones y subgrupos, identificando sus principales actores. Su análisis le posibilita describir situaciones ya estudiadas por la historiografía –como la propuesta rivadaviana, o los levantamientos de Lavalle y Paz- como posibles momentos *bisagra* dentro de la facción, cuando ésta

¹ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla.* Buenos Aires: Siglo XXI, 1972.

pasa a ser hegemonizada por nuevos subgrupos.

También la vida de la facción unitaria ya alejada del poder es abordada por el autor. Zubizarreta sugiere que la proscripción, lejos de circunscribirse a grupos menores, fue “un fenómeno multitudinario” (p. 58), que perduró hasta Caseros. Así, marca cómo se produce aquí una innovación ideológica en los unitarios, incentivando a notables locales a convertirse en caudillos. Este sería el caso, según Zubizarreta del joven Justo José de Urquiza, recomendado por José María del Carril para hacer de él “un caudillo” - aunque respecto a este caso, existan estudios divergentes.²

A partir de 1835 se consolida la predominancia de Rosas en la Confederación, así como su intromisión en los asuntos de los países vecinos. En este tiempo surgen las publicaciones –como *El Nacional* o *El Grito Argentino*- encarnadas en personajes unitarios y de la Joven Generación, cuyo fin era desacreditar al rosismo. Las mismas deberían entenderse, de acuerdo al autor, en relación con los conflictos existentes en la Banda Oriental, entre Lavalleja y Oribe, y estarían mostrando un sistema de críticas que se basó en la metódica descalificación del otro. El historiador identifica para esta misma época el surgimiento de la Joven Generación, agrupación política que

colaborará con los unitarios, aunque mantendrá diferencias con estos. No obstante, el abanico de situaciones estudiadas le dificulta establecer un patrón de relación único entre estos dos grupos. Si bien las incompatibilidades parecían ser exclusivamente generacionales, Zubizarreta considera que las críticas de la Joven Generación a los unitarios eran muy fuertes y por ende, parecería ser que solamente la oposición a Rosas acercaba a ambos grupos. En este punto, el trabajo se enriquece con la descripción de la facción unitaria mostrando la posibilidad de entendimiento entre federales no rosistas y unitarios exiliados. Así, según su interpretación, Rosas habría permitido el acercamiento entre grupos que hasta el momento se encontraban muy distantes, otorgándole entidad a la figura de enemigo común del régimen.

Los unitarios, en vez de unirse a los federales no-rosistas, se habrían inclinado por la conformación de logias o grupos secretos. Si bien muchos de estos intentos no produjeron resultados exitosos, lo cierto es que la observación de las logias unitarias a través del epistolario de Daniel Torres, médico unitario, es un relevante aporte del autor, que se podría articular con estudios de estos grupos para periodos previos.³ La correspondencia, con secretos sistemas de claves, le permite inferir que estos grupos estaban dirigidos por un unitario, que no excedían los ocho integrantes y que acataban órdenes de una Logia Central, radicada en Montevideo.

² I. Zubizarreta, op. cit p. 61, citado de Carta de José María del Carril a Francisco Pico, 3 de enero de 1831. Fondo Francisco Pico, ANH. La hipótesis de Zubizarreta puede ser contrastada con algunos estudios como los de Roberto Schmit, que ponen de relieve la trayectoria no solo personal sino familiar de Urquiza como variable explicativa del lugar que luego ocupó. En este sentido, posiblemente Del Carril sólo haya visto el potencial de Urquiza y haya pensado en apoyar a este hombre en natural ascenso. Cf. Roberto Schmit **Ruina y resurrección en tiempos de guerra**. Buenos Aires, Prometeo, 2004, especialmente para este tema el cap. 8 “La consolidación de la notabilidad local”.

³ Sobre la presencia de Logias Unitarias para algunos años antes ver: Fabián Herrero, “Interpretaciones historiográficas y la intervención de un diario de Santa Fe sobre un fenómeno de impacto nacional. El golpe de mano de Juan Lavalle en diciembre de 1828” *IX Jornadas de Investigadores del Departamento de historia Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata* (Buenos Aires), 15 y 16 de noviembre de 2012.

La vida de los unitarios que no emigraron también es estudiada por Zubizarreta. Según observa, muchos se habrían adaptado a los gobiernos federales, incluso desempeñando cargos en ellos. Esto se explicaría parcialmente debido a que no habría existido una abundancia de profesionales ‘rosistas’, tal como el los define.⁴ El historiador enfatiza que es el terror rosista, intensificado luego de la revuelta fallida de los Libres del Sur, y la creciente violencia, lo que paralizaba a los opositores, tanto en la Confederación como en el extranjero.

El autor no se detiene en la descripción de las campañas antirrosistas de Lavalle, Lamadrid y Paz, entre 1839 y 1846, sino que busca someterlas a una lectura en función de su objetivo. Para ello, rastrea el origen de los recursos utilizados en las fallidas tentativas militares, describe la guerra de correspondencia interceptada por los simpatizantes rosistas, la guerra en la prensa y la guerra de embargos por parte de Rosas sobre los no rosistas en la campaña bonaerense. Así propone una idea interesante: estas batallas se muestran cada vez menos unitarias y progresivamente más anti-rosistas –como mencionamos, Zubizarreta sostiene que Rosas cohesiona la oposición al darle la categoría de enemigo del Régimen-. En el exterior, el grupo opositor estaba compuesto por Florencio Varela, líder del antirrosismo uruguayo, y en Chile por la Comisión Argentina. Lentamente irían encontrando puntos

concretos en común con el resto de los antirrosistas, sobre todo en lo relativo a la organización nacional. En este sentido el grupo, creía que se debía establecer una constitución: nacional, republicana, federal y con influencias liberales. La guerra de facciones, según el historiador, se extendió desde 1826 hasta 1842, por lo que a principios de la década de 1850, el marco que llevó al fin del rosismo no fue el faccionalismo, sino una “conflagración internacional” (p. 128) que produjo la derrota en 1852 de Rosas en Caseros.

La segunda parte del libro, abocada a los resultados del análisis prosopográfico, se divide en dos apartados. En el primero, el autor indaga acerca de las prácticas políticas y la construcción identitaria de la fracción unitaria. En el segundo, analiza los resultados obtenidos a partir de la prosopografía.

Según indica, los principios de organización unitarios fueron mutando desde una organización formal del poder, pasando por el liderazgo personalista de Rivadavia, hasta llegar a los múltiples núcleos organizativos desde el exilio. Observando la Sala de Representantes porteña, Zubizarreta infiere la presencia de proto-facciones que se verán, sobre todo, en la discusión de medidas polémicas. Por otra parte, el Congreso Constituyente de 1824 se erigió como un nuevo ámbito de poder que aceleró el proceso de faccionalización en unitarios, federales y “provincialistas porteños” (p. 140). Según el estudioso de los unitarios, en ese momento Rivadavia, al mando del ejecutivo, habría concentrado el máximo poder, beneficiándose de esta faccionalización.

La fallida revolución decembrista habría trasladado el centro del unitarismo al interior, con Paz en Córdoba. Luego del colapso de la Liga del Interior se habría

⁴ Esta afirmación del autor hoy está morigerada por la coetánea aparición del libro de Rosalía Baltar, producto de su tesis doctoral, *Letrados en tiempos de Rosas*, donde se prueba la existencia durante el rosismo de un grupo de letrados cuya función cultural y social fue indiscutible. Muchos de estos hombres habrían llegado al Río de la Plata atraídos por el proyecto rivadaviano, y se quedaron aquí sirviendo otras causas. Ver Baltar, R. *Letrados en tiempos de Rosas*. Mar del Plata, EUDEM, 2012.

producido, según el autor, la fragmentación de la facción en múltiples centros comandados por líderes carismáticos (Lamadrid, Lavalle y Paz, este último hasta 1831). Las trayectorias de estos tres líderes permiten a Zubizarreta realizar algunas distinciones entre estos y los caudillos. Según él, a diferencia de estos últimos, los líderes unitarios adscriben -como es de esperarse- al unitarismo y cuentan con una carrera militar independentista, aunque ciertos rasgos los asimilen a los caudillos, como la búsqueda de asociación con los soldados-gauchos. Además, refiriéndose específicamente a Paz, el historiador destaca que este habría difundido su pensamiento político e ideológico en toda la tropa, buscando preservar los valores que defendía.

Desde este marco, intenta comprobar las relaciones del unitarismo con los sectores populares, calificándolas de “bastante problemáticas” (p. 154). El autor, inspirado en el trabajo de Di Meglio para los federales,⁵ enuncia evidencias que explicarían la impopularidad de los unitarios. Observando la campaña bonaerense, señala cómo los unitarios buscaron atraer a la plebe a través de líderes intermedios que no resultaron exitosos, por varios motivos. En primer lugar, la facción unitaria intentó repetidamente incentivar la llegada de extranjeros, los cuales eran vistos como sospechosos. En segundo término, debido a las diferencias económicas y culturales: eran generalmente los sectores más encumbrados los que defendían al unitarismo. Además, varias medidas unitarias –como las reformas eclesiásticas, la supresión del Cabildo y las levas

militares- habrían incentivado esta impopularidad. Si bien lo enunciado por el autor es relevante, no termina de aclarar fehacientemente por qué las relaciones entre unitarios y sectores rurales eran problemáticas.

La narración de Zubizarreta vuelve a centrarse en el análisis de los fenómenos políticos a partir de la retórica y el discurso definiendo convincentemente la variación que tiene el concepto de facción desde la prensa unitaria. Las descripciones en que se apoya la muestran cargadas de tintes peyorativos que partían de una concepción unanimitista de la política. Las facciones eran entendidas como una enfermedad para la sociedad, ya que manipulaban a los sectores populares y provocaban revueltas. El historiador marca que, con la progresiva adquisición de un discurso político moderno, incluso los unitarios habrían intentado no ser identificados con este calificativo. Era necesario dejar atrás la vieja dicotomía entre unitarios y federales, por esa razón se habría producido el rechazo de dicho concepto.

A partir de lo anterior, el autor propone observar las mutaciones en la auto-percepción de los unitarios como tales. Para responder a esta cuestión menciona los lazos familiares, como fundamentales para integrar esta facción. Por otro lado, muchos habrían sido seducidos por la propuesta unitaria y citamos: “los provincianos fueron cooptados por las sendas del centralismo pues sus respectivas jurisdicciones se encontraban necesitadas de la colaboración de un hipotético Estado nacional” (p. 200). Por ello, explica el traspaso de una facción a otra, sobre todo hacia la que resultaba triunfadora, con el correspondiente acarreo de clientelas. Los unitarios no buscaron verse encasillados en una agrupación política concreta, pero se sentían orgullosos

⁵ G. Di Meglio, *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo (1810-1830)*. Buenos Aires, Prometeo, 2008.

de su pertenencia política cuando llegaban al poder, aunque con la caída de Lavalle, Zubizarreta destaca que el discurso se habría morigerado, “desunitarizando” (p. 206). Simultáneamente, Rosas comenzó a identificar a todo lo opuesto a su gobierno como unitario, de modo tal que -como ya mencionamos- esta facción se convirtió en sinónimo de anti-rosismo. Resumiendo, el autor dice que la identidad unitaria se circunscribiría sólo a momentos específicos de la década de 1820, y luego se habría enriquecido con la colaboración de otros grupos liberales y anti-rosistas.

El historiador muestra los resultados obtenidos por medio de la prosopografía –la metodología que señala como principal- para analizar las divergencias y coincidencias que considera palpables en el interior del unitarismo, sin embargo lo hace recién en la última parte de su trabajo. Siguiendo con su propósito, procura establecer diferencias entre dos sectores de pertenencia en el unitarismo, los intelectuales y los militares, cuestionando si estos sectores representaron ámbitos diferenciados al interior de la facción. A primera vista su respuesta parece negativa: los grupos tenían estrechos nexos de unión, entre los cuales la esfera política fue un espacio de amalgamación importante. Con todo, esta noción es un tanto polémica: es factible preguntarse, al leer a Zubizarreta, si efectivamente sería posible hablar de una esfera política separada y autónoma en esta primera mitad del siglo XIX. Desde su lectura, se establece que la división en diferentes campos sectoriales comienza en este momento. Sugiere incluso que “*parece claro que los actores de ese tiempo eran conscientes de la existencia de ambas*

*esferas,*⁶ *y de la tensión que entre ellas se manifestaba*” (p. 243).

El autor marca los momentos de preponderancia de los letrados sobre la parte militar, y viceversa, señalando acertadamente que esta hegemonía no significó la exclusión del otro grupo. A continuación, propone una división de los unitarios en tres generaciones para facilitar el estudio prosopográfico: la primera (nacidos antes de 1790) habría sido predominada por letrados, la segunda (nacidos entre 1790 y 1810) por militares y la tercera (nacidos con posterioridad a 1810) –según el autor, en un 87%- por los exiliados que se levantaron contra Rosas.

Los militares, según Zubizarreta, habrían predominado en el ámbito político ejecutivo, mientras que los letrados lo hicieron en el ámbito deliberativo. Señala además como más de la mitad de los soldados unitarios fueron forjados en los ejércitos de San Martín y Belgrano. De los oficiales unitarios que participaron en la guerra contra Brasil -40% de la base de datos del trabajo-, casi la totalidad –un 96%- participó en los posteriores alzamientos de Paz y Lavalle, lo que lleva a Zubizarreta a sostener que el conflicto bélico incentivó la “unitarización” del ejército.

La cantidad de unitarios letrados es más reducida. Según Zubizarreta, se conformó una red de intelectuales al servicio de la facción, y varios son los conceptos que él usa para retratar a sus integrantes, basándose sobre todo en las memorias de Iriarte: su gran ilustración, su fascinación por lo europeo, su “arrogancia (...) ligada al éxito inicial de su empresa” (p. 257), la cual respondía, según él, a cierta “soberbia

⁶ Las cursivas son del autor.

intelectual” (p. 257) y por último, su “centralismo político” (p. 260).

Finalmente, Zubizarreta analiza a los hacendados y grupos rurales, los cuales fueron tejiendo cadenas de vínculos y acuerdos que los terminarían uniendo con la esfera dirigente unitaria. Aunque varias medidas unitarias fueron antipáticas en el ámbito rural, el autor señala que la actitud de la campaña bonaerense frente a esta facción no fue uniforme. En este panorama, el rol de algunos personajes –como los baqueanos o los jueces de paz- resultó fundamental en la conformación de redes de poder por parte de la facción unitaria. Este grupo, contrariamente a lo que se pensaba, habría tenido cierta influencia en los sectores acomodados de la campaña.

Para concluir, y retornando al prólogo del libro, es posible coincidir con Sábato quien, al referirse al trabajo de Zubizarreta, señala que “si bien ha resultado en una

fascinante radiografía de esa facción particular” queda al autor el trabajo de mostrar más datos que expliquen y justifiquen “la productividad del concepto en tanto categoría analítica” (p. 10). No obstante, aunque los resultados del estudio prosopográfico quedan un tanto desdibujados en el cuerpo del trabajo, ciertamente constituyen un beneficioso aporte para nuevas investigaciones. Por todo lo dicho, el libro *Los Unitarios* constituye un conveniente intento por integrar diversas temáticas en pos de un objetivo: demostrar que los comportamientos políticos de la facción unitaria en la primera mitad del siglo XIX fueron realmente complejos.

Mariano Kloster
UNMdP – CIN